



El Dios trinitario y los desafíos relacionales del mundo actual

The Trinitarian God and the Relational Challenges of Today's World

DOI: <https://www.doi.org/10.47286/23461209.635>

Luz Dary Gómez Zuluaga¹ 

Universidad Católica de Oriente
ldgomez@uco.edu.co

1 Magister en Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana. Docente Facultad de Teología y Humanidades de la Universidad Católica de Oriente.

Cómo citar en APA: Gómez Zuluaga, L. D. (2025). El Dios trinitario y los desafíos relacionales del mundo actual. *Kénoxis*, 12(22), 111-125. <https://doi.org/10.47286/23461209.635>

Recibido: 03-04-2024
Aprobado: 02-05-2025



Resumen

Existe un acuerdo, más o menos generalizado, en que esta es una época de cambios acelerados a muchos niveles: una vorágine en la que, sin asimilar uno, se introduce otro. Muchos sociólogos y filósofos han planteado que se trata de un cambio de época, en el que se cuestiona el statu quo. Refiriéndose al tema, el papa Francisco ha planteado que, frente a esta situación, es necesario construir nuevos liderazgos que marquen un horizonte frente a la incertidumbre y la confusión que pueda generar esta proliferación de cambios. En las nuevas rutas para trasegar los caminos del mundo de hoy y sus múltiples desafíos, cada ciencia tiene su responsabilidad y, en este sentido, le compete a la teología, desde su saber particular, leer los múltiples signos de estos tiempos e interpretarlos a la luz de la Revelación, para proponer itinerarios nuevos por los cuales transitar. La teología tiene una tarea irrenunciable, que le exige hacer suyos los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo (GS 1), de todos, pero especialmente de quienes hoy habitan el “país de las lágrimas”. Recogiendo elementos de la teología de Joseph Ratzinger, especialmente de su visión trinitaria de lo relacional, se buscará encontrar luces que permitan entender la raíz y las posibles salidas de la actual crisis, específicamente a través de la categoría de relación, que puede considerarse como la clave a partir de la cual Ratzinger comprende a Dios, al mundo y al ser humano.

Palabras clave: Teología relacional trinitaria, Relación, Antropología teológica, Cercanía, Comunión

Abstract

There is a more or less general agreement that this is an era of accelerated change at many levels: a maelstrom in which, without assimilating one, another is introduced. Many sociologists and philosophers have argued that this is a change of era in which the status quo is being challenged. Referring to the issue, Pope Francis has stated that, in the face of this situation, it is necessary to build new leaders who mark a horizon against the uncertainty and confusion that this proliferation of changes can generate. In the new ways of traversing the paths of today's world and its many challenges, each science has its own responsibility, and in this sense, it is up to theology, from its particular field of knowledge, to read the many signs of these times and interpret them in the light of Revelation, to propose new routes to be followed. Theology has an indispensable task that requires it to make its own the joys and hopes, the sorrows and anxieties of the people of our time (GS 1), of all, but especially of those who today inhabit the "land of tears." Taking elements from the theology of Joseph Ratzinger, especially from his Trinitarian vision of the relational, this study seeks to find insights that allow us to understand the root and possible ways out of the current crisis, specifically through the category of relationship, which can be considered the key from which Ratzinger understands God, the world, and the human being.

Keywords: Trinitarian relational theology, Relationships, Theological anthropology, Closeness, Communion.

Las relaciones en “el país de las lágrimas”

Existen muchas reflexiones acerca de las relaciones entre los seres humanos en el mundo actual: sociólogos, filósofos, antropólogos, teólogos, escritores, entre otros, se unen a la lista interminable de espíritus inquietos que buscan el porqué de los cambios relacionales que marcan el hoy de la humanidad en su peregrinación por este pequeño y azul planeta. Cada uno lo expresa a su manera y propone posibles respuestas. De manera muy original, Antoine de Saint Exupéry, en *El Principito* (2023), hizo una radiografía sobre la soledad, la amistad, el amor, la búsqueda del sentido de la vida, el compromiso con el otro, temas tan antiguos como actuales. En uno de sus pasajes, frente a las lágrimas de desconsuelo de su *petit prince* por la posibilidad de perder su rosa, escribe:

Si alguien ama a una flor de la que sólo existe un ejemplar en millones y millones de estrellas... Puede decir satisfecho: “Mi flor está allí, en alguna parte...” ¡Pero si el cordero se la come, para él es como si de pronto todas las estrellas se apagan! ¡Y esto no es importante! No pudo decir más y estalló bruscamente en sollozos.

¡Había en una estrella, en un planeta, el mío, la Tierra, ¡un principito a quien consolar! Lo tomé en mis brazos y lo mecí diciéndole: “la flor que tú quieres no corre peligro... te dibujaré un bozal para tu cordero y una armadura para la flor... te...” No sabía qué decirle, cómo consolarle y hacer que tuviera nuevamente confianza en mí; me sentía torpe. ¡Es tan misterioso el *país de las lágrimas*!

El *país de las lágrimas* no es un lugar mágico, que existe solo en el mundo de *El Principito*, ni una bella expresión que brota de la fina sensibilidad de quien lo escribió. Es una realidad que acontece en nuestra historia, que siempre interpela, descuadra, desacomoda. Frente a ella surgen diversas reacciones humanas: a veces de indiferencia —“no es mi asunto”—, otras, en cambio, mueven a hacer o a decir algo, a alzar la voz por los que no tienen, a acompañar, a consolar, o sencillamente, a estar ahí para el otro. En nuestro mundo, hay un gran y complejo país de las lágrimas, en el que se multiplican por doquier principitos necesitados de consuelo, acogida, compromiso, cercanía, viviendo situaciones que, en su diversidad, constituyen una fuente inagotable de sufrimiento humano, atentados contra la vida y la dignidad de hombres, mujeres, niños, ancianos, pueblos enteros. Todo esto desdice de su vocación a la comunión en el amor y a una vida plena. Este país de las lágrimas ha sido visitado a lo largo de la

historia por hombres y mujeres anónimos y por muchos miembros de la Iglesia en su peregrinar, testimoniando con sus vidas al Dios de la cercanía y el consuelo. Los últimos pontífices lo han tenido presente, especialmente en su magisterio social. Por mencionar solo algunos documentos, puede decirse que lo hizo Pablo VI en *Populorum Progressio* (1967), Juan Pablo II en *Centesimus annus* (1991), Benedicto XVI en *Caritas in veritate* (2009) y Francisco en *Laudato Si* (2015) y *Fratelli tutti* (2020).

Con esta reflexión, no se pretende ahondar en las realidades que ensombrecen nuestro mundo, navegar por ese país de las lágrimas, sino tratar de mirarlas y entenderlas bajo el filtro de la categoría de relación, que está cada vez más presente en reflexiones de las ciencias sociales, naturales y humanas, de la filosofía y la teología, y que, podría decirse, estructura el pensamiento teológico de Ratzinger.

Crisis de las relaciones: fuente de sufrimiento

Que nos encontramos frente a una crisis multisectorial, es una verdad tan innegable, como que, para salir de ella, no bastará con diagnosticarla desde un solo ángulo, porque para ser comprendida necesita el aporte de las diferentes ciencias, pero, sobre todo, exige una búsqueda de salidas y de acciones concretas que permitan aprendizajes para superarla. Es posible atreverse a afirmar que, en el origen de esta crisis, está el modo como los seres humanos establecen sus relaciones con el Otro, los otros y el medio ambiente. Estas relaciones están marcadas por el miedo, la soledad, la desconfianza, la apatía, la agresividad, el abuso y todas sus consecuencias multidimensionales.

Partiendo desde lo que afirman pensadores como Lyotard, Vattimo, Bauman, Mardones, Lipovetsky, Byung Chul Han, se coincide en que la cultura actual atraviesa un proceso de reconfiguración que conduce a un estado de cosas que nadie ve con claridad. Específicamente Jean Francois Lyotard, en *La condición posmoderna* (1979), planteará que uno de los rasgos que permite comprender lo que pasa en nuestro mundo es la "pérdida de la credibilidad en las metanarrativas" (s. p), anunciando el eclipse de los grandes relatos, políticos, económicos y religiosos. Esto traería consigo el cuestionamiento de los valores sociales y, con ello, el surgimiento de una nueva ética alejada de patrones morales religiosos tradicionales. Así las cosas, surgirían otras formas de socialización e individualización, que se concretizan en nuevos modelos de hombre y de sociedad: "La superación de las metanarrativas, conduce a la disolución de referentes colectivos como la familia, la iglesia, los partidos políticos, lo que hace más vulnerable a la persona, sumiéndola en una soledad que la hace cada vez más frágil" (Gómez, 2018, p. 28).

Por otro lado, Gilles Lipovetsky en *La era del vacío* (1986) plantea que, después de la primera revolución individualista de la modernidad, nos encontramos ante la segunda revolución individualista de la posmodernidad, afirmando que “en la era posmoderna, perdura un valor cardinal, intangible, indiscutido a través de sus manifestaciones múltiples: el individuo y su cada vez más proclamado derecho a realizarse” (p. 11). Lipovetsky también define este fenómeno como hiperindividualización. Al respecto se expresa de la siguiente manera:

Después de la deserción social de los valores e instituciones, la relación con el otro es la que sucumbe, según la misma lógica, al proceso del desencanto. El yo, ya no vive en un infierno poblado de otros egos rivales o despreciados, lo relacional se borra sin gritos, sin razón en un desierto de autonomía y de neutralidad asfixiantes (...) cada uno exige estar solo, cada vez más solo y simultáneamente no se soporta a sí mismo, cara a cara. Aquí el desierto no tiene ni principio ni fin. (1986, p. 47)

En palabras del papa Francisco, este “individualismo posmoderno y globalizado, favorece un estilo de vida que debilita el desarrollo y la estabilidad de los vínculos entre las personas” (*Evangelii Gaudium* §67), específicamente hace alusión a la fragilidad de los vínculos en la familia y las consecuencias que puede tener en los diferentes ámbitos para la sociedad, dirá que esta “fragilidad de los vínculos se vuelve especialmente grave porque se trata de la célula básica de la sociedad, el lugar donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros” (EG §66).

Zigmun Bauman (2005), en *Amor líquido*, reflexiona sobre la fragilidad de los vínculos humanos que se evidencia en la cultura actual. Dirá que se trata de “una cambiante pragmática de las relaciones interpersonales” (p. 8), en la cual influyen la agresividad del mercado y su cultura del consumo y el bienestar. Su reflexión no se reduce al análisis de los síntomas de la cultura líquida, en lo que a las relaciones se refiere, sino que se detiene en las consecuencias de los actuales modos de relación en la vida de las personas. Planteará, además, que se genera una esquizofrenia interna en la que es común ver a:

hombres y mujeres desesperados al sentirse fácilmente descartables y abandonados a sus propios recursos, siempre ávidos de la seguridad de la unión y de una mano servicial con la que puedan contar en los malos momentos; desesperados por relacionarse, sin embargo, desconfían todo el tiempo de estar relacionados, particularmente, de estar relacionados para siempre. (2007, p. 8)

En la misma línea, el filósofo y teólogo Byun Chul Han (2021), en *No cosas, quiebras del mundo de hoy*, dirá que, en la actualidad, “nos comunicamos sin participar en una comunidad [...] acumulamos amigos y seguidores, sin encontrarnos con el otro” (p. 18). Más adelante continuará diciendo que “en nuestra cultura postfactual de la excitación, los afectos y las emociones, dominan la comunicación” (p. 19) y, podríamos añadir, las relaciones.

Esta situación de la fragilidad de los vínculos, y su consecuente crisis en las relaciones, sin dejar de ser tremendamente dramática, puede ser punto de partida para profundizar en la reflexión y en alternativa de salida que tracen un camino de evolución espiritual. En este sentido Frances Torralba (2021) dirá que “[l]a crisis que estamos padeciendo puede ser una posibilidad idónea para redescubrir valores esenciales si somos capaces de reflexionar sobre las causas que la han generado y los desequilibrios de la lógica del mercado que rigen el mundo” (p. 1). Una de las grandes riquezas de la teología cristiana es que comprende al ser humano como un ser relacional; en este sentido es valioso el aporte de la teología trinitaria relacional de Ratzinger, pues ofrece luces que permiten redescubrir verdades siempre actuales que orienten una mejor comprensión de la realidad y la búsqueda de respuestas que dialoguen con lo esencial de la condición humana.

El ser humano, un ser en relación

Una de las afirmaciones fundamentales de la antropología teológica es que el ser humano es esencialmente relacional. No existe por sí mismo, ni para sí mismo, porque desde el nacimiento su existencia está siempre referida a otro. En palabras de Ratzinger, esta condición se fundamenta en que “ha sido creado con una tendencia primaria hacia el amor, hacia la relación con el otro. No es un ser autárquico, cerrado en sí mismo, una isla en la existencia, sino por su naturaleza es relación” (Ratzinger, 2005, p.104). Se trata de una relacionalidad que se extiende a todas las creaturas, y cuyo origen está en el Dios uno y trino, como afirma el Catecismo de la Iglesia Católica:

La interdependencia de las criaturas es querida por Dios. El sol y la luna, el cedro y la florecilla, el águila y el gorrión: las innumerables diversidades y desigualdades significan que ninguna criatura se basta a sí misma, que no existen sino en dependencia unas de otras, para complementarse y servirse mutuamente. (CEC §340)

Esta condición relacional tiene como fuente al Dios trinitario, y desde ahí se hace extensivas al ser humano y a todas las creaturas. Es desde este punto de partida que Ratzinger propone una teología relacional con claras implicancias antropológicas.

Podría decirse que, a partir de la categoría de relación, Ratzinger busca comprender a Dios, el hombre y el mundo, lo que da estructura a lo que se ha denominado su "ontología relacional", en la que propone "que es la relación la que genera el ser y por lo mismo está en el fundamento de todo lo que existe. Esto lo hace a partir de la fe de la Iglesia en la Trinidad, origen de toda relación" (Gómez, 2018, p. 5). Al respecto afirma Ratzinger (2005):

[el hombre] ha sido creado con una tendencia primaria hacia el amor, hacia la relación con el otro. No es un ser autárquico, cerrado en sí mismo, una isla en la existencia, sino por su naturaleza es relación. Sin esa relación, en ausencia de esa relación, se destruiría a sí mismo. Y precisamente esa estructura fundamental es reflejo de Dios. Porque Dios en su naturaleza también es relación, según nos enseña la fe en la Trinidad. (p. 104)

Un Dios que se relaciona con su pueblo y está atento a sus lágrimas

En su reflexión sobre la categoría relación, referida a Dios, Ratzinger (1976) planteará que ya desde la revelación veterotestamentaria, Israel tiene experiencia de un Dios personal, que se relaciona con su pueblo, que ofrece una relación personal a los patriarcas y a los profetas, que está atento a las *lágrimas* de su pueblo: un Dios que escucha, que ve, que entiende y se compadece, un Dios que "muestra su presencia en todos los parajes donde se encuentra el hombre (...) allí donde está el hombre y dónde éste se deja encontrar por él" (p. 95); en últimas, un Dios que siempre *está ahí para* todos. Seguirá diciendo Ratzinger que en el pasaje del Éxodo 3,14, se hace evidente esta afirmación, puesto que "el "yo soy" significa algo así como "yo estoy ahí para vosotros; se afirma claramente la presencia de Dios. Su ser se explica no como un ser en sí, sino como un *ser-para* (...) ahí está para nosotros" (1976, p. 101). La comprensión de Dios que el cristianismo heredó de la tradición judeocristiana es la de un Dios que siempre está junto al hombre, que no es un ser autorreferencial, sino que está atento al ser humano, a su país de las lágrimas, a las vicisitudes de su existencia, que lo mira, lo escucha, lo acoge y se compromete con él.

El ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, lleva impreso este sello relacional, que lo mueve en la búsqueda del Otro y de los otros, a reconocerse como un ser que debe su existencia a otro, que proviene "de" Otro, y que encuentra su sentido pleno, viviendo "para" otros; que necesita establecer relaciones de unidad en el amor y la verdad, desde su alteridad y su diferencia. Al reconocer esta interrelación y tomar consciencia de ella, puede ver más claro que la autosuficiencia es la negación

de su ser que se priva a sí mismo del enriquecimiento y la alegría que puede ofrecer el encuentro con el Otro, con los otros y con lo otro, especialmente cuando comprende que la diversidad no se opone a la unidad, sino que la supone. En este sentido, también ofrece luces la teología trinitaria, que comprende a Dios como una "comunidad de personas diferentes, pero totalmente unidas, que se relacionan en el amor, en la que el amor define esa relación, y desde donde se puede comprender que lo múltiple no se opone a la unidad, sino que la enriquece" (Gómez, 2018, p. 25). En este sentido afirmará Ratzinger en Introducción al cristianismo que

La profesión cristiana en Dios uno y trino, en aquel que es al mismo tiempo unidad y multiplicidad, expresa la convicción de que la divinidad cae más allá de nuestras categorías de unidad y multiplicidad. No sólo la unidad es divina, también la multiplicidad es algo original y tiene en Dios su fundamento. (1976, p. 148)

A pesar de ser esencialmente relacional, son muchas y variadas las circunstancias en las que el ser humano en lugar fomentar relaciones de encuentro y comunión, normaliza, relaciones de confrontación, división, conflicto, desencuentro, donde prima la más de las veces, la desconfianza, el rechazo y la lejanía del otro, que terminan haciendo frágiles las relaciones con los otros, que son vitales para una vida digna y plenamente humana. Vivir de cara a esta condición relacional, parece una ambiciosa utopía, si nos atenemos a la realidad del mundo actual. Muchos ya han perdido la esperanza al considerar que es imposible, por la complejidad que implican las relaciones entre las personas y más aún con el ambiente natural.

La soledad y el país de las lágrimas

Así como el ser humano no puede autogenerar su existencia, la soledad y el miedo no pueden ser vencidos solos: necesita ser alcanzado por otro, liberado por Otro capaz de restablecer la relación y superar la soledad, que es alteración de su ser relacional. Dirá Ratzinger que "el auténtico miedo del hombre no puede vencerse mediante la razón, sino mediante la presencia de una persona que lo ama" (1976, p.148), es decir, del Otro de quien depende su vida y la de los otros. Esto es precisamente lo que Dios hace, "nada más decir pecado original, una relación perturbada, debemos añadir siempre que Dios comenzó enseguida a restablecer y sanar de nuevo la relación" (Ratzinger, 2005, p. 83), saliendo en busca de la *oveja perdida*. Acompañando la soledad del hombre, Dios supera la distancia que separa; no ha sido una iniciativa humana superar la lejanía, sino una iniciativa de Dios, que en su infinito amor se acerca definitivamente en Cristo, para reparar el vínculo, para restaurar la relación

alterada, falseada, y ofrecer de nuevo una relación personal: “es el Dios cercano que se aproxima a nosotros; él es el mediador de Dios para nosotros precisamente por ser Dios mismo como hombre; él es el Dios-con-nosotros” (1976, p.134). Desde esta perspectiva se entiende por qué se puede afirmar con Ratzinger que,

salvados, es decir libres y de verdad sólo podemos estar, cuando dejamos de querer ser Dios, cuando renunciamos a la ilusión de la autonomía y a la autarquía. Solo podemos llegar a ser nosotros mismos, siempre que recibamos y aceptemos las relaciones correctas, sólo podemos ser redimidos si Aquél al que hemos separado de nosotros, se dirige de nuevo hacia nosotros y nos tiende la mano. Sólo el ser-amado es un ser-salvado, y sólo el amor de Dios puede purificar el amor humano perturbado y restablecer desde su fundamento la estructura distante de la relación. (1985, p. 27)

En Cristo, Dios se acerca definitivamente al país de las lágrimas de la humanidad

En el concurso de las religiones del mundo, la fe cristiana presenta una novedad nunca antes pensada —sublime, perturbadora para muchos—: Dios se encarna; asume la condición humana y el motivo es restaurar las relaciones alteradas con Él, con los otros y con la creación: “cosa inaudita, completamente nueva, punto de partida de la existencia cristiana. Dios no espera que los hombres vengan a él y expíen. Él sale a su encuentro y los reconcilia. He ahí la verdadera dirección de la encarnación, de la cruz” (1976, p.246). La lejanía y la consecuente soledad en la que el ser humano se ha sumergido es superada por Dios, en Cristo; Él restaura la relación de la humanidad con Dios e indica el camino para restaurarla con los demás y con la creación toda. Este es un mensaje esencial que, según Ratzinger, el Evangelio recoge en diferentes parábolas como la de la oveja perdida, o la mujer que busca su dracma, o la del hijo pródigo, afirmando que cuando Jesús las pronuncia, “no se trata sólo de meras palabras, sino que es la explicación de su propio ser y actuar” (*Deus Caritas Est*, §12).

Podría afirmarse que, en el proceso de restaurar el universo relacional de la humanidad, un paso esencial, después de la Encarnación, es enseñar a los hombres a recuperar su relación con Dios, para que pedagógicamente transitaran del miedo al amor, de la lejanía a la confianza. En este sentido, es oportuno traer el análisis que Ratzinger recoge de Joachim Jeremias sobre el apelativo Abbá, con el que Jesús se dirige a Dios, acentuando que esta es una de las pocas palabras que se conserva del original arameo, en la traducción de la Sagrada Escritura al griego. Al respecto escribe:

La invocación “Abbá – Padre”, es una de las pocas joyas literarias que la comunidad cristiana primitiva dejó sin traducir por la importancia que para ella revestía. También en el Antiguo testamento se le llamó a Dios Padre, pero la expresión “Abbá”, se diferencia de las del antiguo testamento por la familiaridad íntima que supone con Dios (se podría comparar con “papá” pero es mucho más sublime que ésta). La familiaridad expresada en la palabra “Abbá” impidió que los judíos la aplicasen a Dios; al hombre no le está permitido acercarse tanto a Dios. Cuando la primitiva comunidad cristiana conservó esta palabra en su sonido original, afirmó que así oraba Jesús, que así hablaba con Dios y que esa intimidad con Dios le pertenecía. (1976, p. 191)

Del nosotros de Dios al nosotros humano

En la relación que Jesús tiene con el Padre, se manifiesta, como explica Ratzinger, que “en Dios no hay un yo simple, sino un nosotros compuesto de Padre, Hijo y Espíritu” (1976, p.179). En el mismo sentido puede entenderse que “la esencia de la personalidad trinitaria consiste en ser pura relación y absoluta unidad (1976, p.156), de donde se concluye que la Trinidad ofrece un modelo de unidad que no anula la multiplicidad y, en ese sentido, puede constituirse en una valiosa referencia para construir el ‘nosotros’ humano, que en lugar de buscar anular las diferencias, las supone, “el modelo de unidad al que hemos de aspirar, la forma suprema y normativa de la unidad, es la unidad que suscita el amor” (1976, p. 149). En esta línea puede entenderse la reflexión de Ratzinger sobre la relatividad como esencia de Dios, de la cual participa la humanidad; esta es evidente en la teología del evangelio de Juan, en la cual pueden encontrarse expresiones como: “El Hijo nada puede hacer por su cuenta” (5,19) o “El Padre y yo somos una misma cosa” (10,30), lo que se hace extensivo a lo que presenta en el discurso sacerdotal “sin mí no podéis hacer nada” (15,5), que dirige a sus discípulos, y que luego completará cuando en el mismo discurso pedirá “que sean uno, como tú y yo somos uno” (17,11).

En el camino pedagógico de Jesús con sus discípulos, junto al enseñar un nuevo modo de relación con Dios, invitando a llamarlo con el apelativo cariñoso y cercano de *Abbá*, se puede añadir el modo paradigmático que usa Jesús para enseñar a orar a sus discípulos, invitando a llamarlo *Padre Nuestro*. No dice Padre mío, o de aquel, sino nuestro, invitando a reconocer en el otro a un hermano, hijo del mismo padre. En Jesucristo, con su encarnación, Dios se acerca y se identifica con todos y cada uno de

los seres humanos, manifestando que está presente en cada uno, especialmente en el que sufre, en el que habita el *país de las lágrimas*, donde invita a encontrarlo: “todo cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos conmigo lo hicisteis” (Mateo 25, 40). Cristo orienta al hombre hacia el Otro y hacia los otros. En este sentido afirma Ratzinger:

Confesar a Cristo significa reconocer a Cristo en los hombres que a mi paso cotidiano por el mundo me necesitan; es comprender la llamada del amor como exigencia de fe. El aparente cambio de sentido de la profesión de fe cristológica para el servicio humano y el ser-para-los-demás sin condiciones, descrito en Mateo 25, es la consecuencia. Una fe en Cristo que no sea amor, no es verdadera fe cristiana, es sólo un sucedáneo, algo que se le parece. (1976, p. 178)

Queda claro que, en Cristo, el amor a Dios y amor al prójimo no se pueden separar y que además no se trata de una orden que se impone desde afuera, sino que se trata de “una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. El amor crece a través del amor”, y al crecer, “nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea «todo para todos» (cf. 1 Co 15, 28)” (*Deus Caritas Est*, §18). Recogiendo este mismo sentido, en el libro Benedicto XVI, últimas conversaciones de Peter Seewald (2016), hablando sobre su experiencia del amor, el pontífice afirmaba:

lo he vivido en diferentes dimensiones y formas. He cobrado creciente consciencia de que ser amado y devolver amor a otros es fundamental para poder vivir, para poder decirse sí a uno mismo y poder decir sí a los demás...he visto con mayor claridad que Dios es amor y me ama; de ahí que la vida deba estar moldeada por él. Por esa fuerza que se llama amor”. (p. 293)

La diaconía del amor

Ponerse al servicio de este Amor es la misión de la Iglesia en este mundo. En este país de las lágrimas, en el que tantos sufren y lloran por las múltiples divisiones, es donde se espera que ella sea “en Cristo como un sacramento [...] signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (*Lumen Gentium*, §1). Se espera, también, que en su seno encuentren eco “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren”, porque en Cristo y por el misterio de su Encarnación “nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en

su corazón" (*Gaudium et Spes* §1). Es en este sentido que Ratzinger se refiere a la diaconía de los cristianos en el mundo cuando afirma que ser cristiano, "no es un carisma individual sino social. Uno es cristiano no porque sólo los cristianos se salvan, sino porque la diaconía cristiana tiene sentido y es necesaria para la historia" (1976, p. 215). ¡Cuánta actualidad cobran hoy estas palabras!

La Iglesia no existe por sí misma, ni para sí misma, existe por Cristo para la humanidad, pues en ella "los hombres destinatarios del amor de Dios, se convierten en sujetos de la caridad, llamados a hacerse ellos mismos instrumentos de la gracia para difundir la caridad y para tejer redes de caridad" (*Caritas in veritate*, §5), que recuperen y haga más profundamente humanas las relaciones. Este es, sin duda, uno de los grandes desafíos, así como uno de los mejores servicios que la Iglesia puede entregar a la humanidad, pues "en un mundo dividido debe ser el signo y el medio de la unidad que supera y une naciones, razas y clases" (Ratzinger, 1976, p. 307). Además, como señala Benedicto XVI, esta "sociedad más globalizada nos hace más cercanos, pero no más humanos" (*Caritas in Veritate*, §19).

Conclusiones

El desconocimiento de la condición relacional del ser humano y de que todo en el universo está conectado a partir de un tejido de interdependencias mutuas y necesarias puede identificarse como una de las principales causas a los grandes males sociales y ambientales de este tiempo. Esto encuentra su raíz en el no reconocimiento de que nada en el universo que habitamos existe por sí mismo ni para sí mismo; de que todo se encuentra tejido al Otro, los otros y lo otro. Esta realidad encuentra su sentido y origen, según la fe cristiana, en el Dios personal de Israel que en Cristo y en su Espíritu se ha manifestado a los hombres, como un Dios que es relación, amor y comunidad.

A la luz de este dato fundamental de la Revelación, urge profundizar en la dimensión relacional del ser humano y de todo lo que existe en el universo, cuyo tejido es sostenido por delicados equilibrios que es necesario cuidar, conservar y en muchos casos recuperar. Es necesario que, de cara a los desafíos del mundo actual, se ponga especial atención en la profundización de la teología relacional trinitaria y se establezca desde ella un diálogo con otras ciencias, a fin de encontrar categorías comunes de análisis que permitan, desde la fe cristiana, ofrecer luces y proponer una nueva *diaconía de la caridad*.

Este mundo hiperconectado —y a la vez hiperindividualizado— es el mundo de la indiferencia globalizada. Aunque todo se encuentra a la distancia de un clic, esto no siempre se traduce en encuentros, sino en grandes dificultades para la convivencia, la aceptación de los otros, la acogida del que es diferente, el reconocimiento y respeto de la dignidad de todo ser humano, frecuentemente amenazada por el uso, abuso, explotación, esclavitud y comercio de seres humanos. En este tiempo en el que la fría soledad parece no decir nada, y en la que tantos sufren y mueren, necesitamos empezar por un acto simple que nos humanice: dejarnos tocar por el sufrimiento de tantos y abrazar con Cristo el misterioso país de sus lágrimas.

Referencias

- Bauman, Z. (2005). *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2007). *La sociedad individualizada*. Cátedra
- Benedicto XVI, P. (2009). *Caritas in veritate*. San Pablo
- Benedicto XVI, P. (2013). *Deus caritas est*. Bogotá: Paulinas Catecismo de la Iglesia Católica. Recuperado de: http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/index_sp.html
- Catecismo de la Iglesia Católica. Recuperado de: http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/index_sp.html
- Concilio Vaticano II. Recuperado de: https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/index_sp.htm
- Francisco (Papa). (2013). *Evangelii Gaudium*. Ediciones Paulinas
- Gómez Z., L. D. (2018). *Comunión en la diferencia en la posmodernidad, una reflexión a la luz de Joseph Ratzinger*. Universidad Pontificia Bolivariana.
- Han, Byun-Chul. (2021). *No cosas, quiebras del mundo de hoy*. Taurus.
- Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío*. Anagrama
- Lyotar, Jean Francois. (1979). La condición posmoderna. Recuperado de: <http://cmap.javeriana.edu.co/servlet/SBReadResourceServlet?rid=1KBWV3GHX-14QHSDf321>
- Pablo VI. (1965). *Gaudium et spes*. Ediciones Paulinas
- Pablo VI. (1964). *Lumen Gentium*. Ediciones Paulinas
- Ratzinger, J. (1976). *Introducción al cristianismo*. Sígueme.

Ratzinger, J. (2005). *Dios y el mundo*. Debolsillo

Saint Exúpery, A. (2023). *El Principito*. Ed. Gaviota

Seewald, P. (2016). *Benedicto XVI, últimas conversaciones*. Ediciones Mensajero

Torralba, F. (2021). Documentos Core Curriculum. *Pensamiento y Religión en crisis: los límites de la razón*. Universidad de Navarra